

BELVEDERE
PABLO SALAZAR

Desmontando a Fuster



Que la Generalitat Valenciana dedique el año 2022 a Joan Fuster con motivo del centenario de su nacimiento es perfectamente lógico y nadie debería sentirse molesto. Es evidente que el ensayista de Sueca es una de las figuras intelectuales más influyentes en toda la historia de Valencia y que ha marcado el debate entre los partidarios de sus tesis y los contrarios a las mismas. Negarle esta importancia sería ridículo. De hecho, la exposición 'La huella de 150 valencianos en el 150 aniversario de LAS PROVINCIAS' no dudó a la hora de integrar al autor de 'Nosaltres els valencians' entre los escogidos. Lo hizo desde la discrepancia ideológica, a la vez que desde el respeto a su legado. La conmemoración es oportuna, otra cosa es que sirva para seguir entronizándolo como si se tratara de una referencia intocable y casi sagrada o se aproveche —como debería ser— para reflexionar sobre unos postulados felizmente superados. Porque por más que se empeñen en citarlo en sus discursos y en enseñarlo en las escuelas y en las aulas universitarias, la propuesta fusteriana ha fracasado. El catalanismo expansivo tiene hoy muy poco predicamento, no sólo en Valencia sino también en Cataluña. Más allá de las excentricidades de la CUP o de las habituales intromisiones de ERC, no es un asunto que esté en la agenda de los partidos catalanes, ni siquiera en la de los que tienen la independencia como primer y único punto del orden del día. Y en la Comunitat, los que podrían presentarse como legítimos herederos del fusteranismo —Compromís— se cuidan de presentar su cariz más catalanista, sabedores como son de que la etiqueta no sólo no vende sino que resta clientes. Cuando lo que quieren, como cualquier partido, es gobernar, tocar poder, manejar el presupuesto, aprobar contrataciones, repartir subvenciones... Ciertamente es que la batalla de la lengua ha sido ganada por el bando normativo/catalanizador frente al coloquial o popular, gracias a la imposición en las escuelas, a los años de Canal 9 y ahora de À Punt y a la colaboración de artistas y profesores universitarios, así como a la falta de renovación y empuje en el otro bando. Y cierto es también que de vez en cuando se lanzan piedrecitas a la ventana, más para molestar o para hacer ver que siguen ahí que con intención real de lograr algo, como la surrealista 'cumbre empresarial' de los territorios de la antigua Corona de Aragón. Pero la realidad sociológica y política de la Comunidad Valenciana es la que es y en ella las tesis de Fuster no es que no tengan encaje, es que resultan desfasadas y absurdas. Su año, por tanto, sería buen momento para desmontarlo, no para beatificarlo.